

REFLEXIONES ACERCA DEL AÑO DE LA MUJER

HAY opiniones para todos los gustos. Un grupo de feministas de Barcelona se han unido con otro de madrileñas para afirmar que la celebración del «Año Internacional de la Mujer» es una estupidez, similar a celebrar el «Año Internacional de la Arquitectura» o el «Año Internacional del Conejo».

Eso mismo piensan mujeres tan inteligentes y bien preparadas como la escritora Carmen Martín Gaité, quien, al tiempo en que rechazaba la invitación que se le hacía para asistir a un «café» con Mrs. Betty Friedan, le declaró al diario «Informaciones»:

«De paso, y ya que el acto que motiva estas líneas tiene relación con ello, aprovecho gustosa la ocasión para decir que la idea de organizar un «Año Internacional de la Mujer» me pareció desde el primer momento algo absolutamente grotesca y que no puedo sentirme de acuerdo con tan inocuas ceremonias, más propias de niñas de colegio que de personas adultas».

Esposa de Rafael Sánchez Ferlosio, autor de «El Jarama», y nieta del profesor Gaité, que fue maestro de varias generaciones de orensanos, Carmen es autora de una biografía de Macanaz y de varios ensayos y novelas. Por tratarse de una persona tan bien dotada, una se inclinaría de antemano a darle la razón y de su mismo parecer es otra amiga escritora, Rosa Chacel... ¿Les damos la razón? No señor, están equivocadas.

En mi modesta opinión es una suerte que este «Año Internacional de la Mujer» nos permita, al menos iniciar eso que ahora suele llamarse «una toma de conciencia». A fuerza de conferencias, de artículos, de libros y de visitas como la de la tantas veces citada señora Friedan o como la más polémica de Esther Vilar, el panorama femenino lejos de oscurecerse parece que cada vez se perfila mejor.

Por lo que se refiere a Esther Vilar, yo no he leído ninguno de sus dos libros «El varón domado» o «El varón polígamo» (los títulos tienen gracia), y, por consiguiente, sólo podría hablar de «oidas», pero si esta señora se refiere a la explotación que algunas mujeres ejercen respecto a «su hombre» reconocemos que circunscribiéndonos a muy pequeños sectores puede tocar diana. Si bien en su campo podría decirse lo que decía el portugués:

«Vosa merced ten razón, pero a razón que ten e pouca e a pouca que ten non vales».

Todo esto del feminismo es como la vida o como la política, todo va tan a prisa, es tan dramático e hiriente el fenómeno del «cambio» que desde el pasado año en que di una conferencia en El Ferrol hasta este año en que volví a tratar de la mujer para La Coruña, no sólo las circunstancias eran otras, yo mismo había cambiado de parámetro. Ahora mis ideas del año pasado se me antojan trasnochadas, casi infantiles; por el contrario sí me acuerdo del texto dictado en mi ciudad ciertamente lo que me asombra es haber podido amalgamar tantas verdades.

Reconozco que ahí pequé de osadía: expresar una sola verdad hubiera sido excelente cosa, dos hubiera estado bien y tres «vayay» ¡pero tanta verdad junta! El Espíritu Santo, de paso que me inspiraba, me hizo una faena. No me extraña que los «bien pensantes» se hayan sentido encandilizados.

—«—

Si algunos de ustedes recuerdan algo de lo que yo dije (y no fui pesada, que sólo hablé cincuenta minutos) allí se tocaron los puntos neurálgicos del feminismo ibérico en 1975.

Y estos puntos no fueron analizados desde un punto de vista clasista llámese burgués o intelectual, ya que, trascendiendo toda tentación personalista, me fue factible contemplar la problemática femenina en su conjunto. Para salir de ese círculo dramático en que ha sido pechada tanto por la tradición como por su propia timidez o, en algunos casos perezosa mental, necesita una serie de reformas urgentes, aparte de las jurídicas que ahora se inician. Entre dichas reformas mencioné en primer término una red nacional de guarderías —alliviándose mucho saber que el alcalde de La Coruña también con-

sidera que el problema de las guarderías es uno de los más urgentes de la ciudad—. Pedía yo también que se iniciara en España una política nacional de planificación, o de «planning» o, si prefieren darle un nombre más ibérico: de «paternidad responsable», que a la postre es de lo que se trata.

No sólo en cada capital de provincia, sino también en las cabezas de partido sería menester instalar un instituto de planificación o al menos una clínica dependiente de la seguridad social.

El acceso a una información de carácter sexual es un derecho de

Por VICTORIA ARMESTO

la mujer que está reconocido universalmente y que no se le puede seguir negando a las españolas.

Una prueba reciente de que mis peticiones respondían a una necesidad urgente la tienen ustedes en esa noticia de «Cifra», que bien podría hacernos reír si antes no nos hubiera hecho llorar.

La repetiré por si alguien no la conoce: El jefe local de Sanidad de Cardedeu fue agredido por una mujer después de que se negara a facilitarle anticonceptivos. El médico sufre fractura de una costilla, pues la exaltada le pegó con una piedra.

Trasladado a una clínica en Gra-

nollers, el doctor manifestó que llevaba diez años visitando a su agresora, no creyendo que ésta presentara síntomas que hicieran necesario el uso de anovulatorios. La mujer fue detenida por un guardia.

El análisis de esta noticia revela: 1, que la posición del médico no puede ser más correcta ni más ajustada a las normas vigentes; 2, que la mujer presentaba síntomas de desequilibrio.

En su descargo meditaremos que si llevaba una década solicitando en vano unos auxilios técnicos que en Inglaterra, Suecia o Suiza se la facilitarían en diez minutos, su tensión haya podido crecer hasta alcanzar esos límites tan reprochables como fue el de romperle la costilla al médico con una piedra.

No, no se puede aprobar que le rompan las costillas de nadie, y mucho menos la de un respetable jefe local de Sanidad, pero, señores, hay que revisar la política demográfica ibérica... La cosa es urgente.

LA CIUDAD ENCANTADA

Por EDUARDO PEREZ HERVADA

EXISTE un turismo posiblemente clasificado como imaginativo, y otro realista entrado por los sentidos corporales sin la necesaria ayuda de fantasía alguna. El de tipo histórico quizá represente un obligado tributo a nuestro propio magín, mientes o figuraciones. Un simple capitel puede sugerir cualesquiera monumento, y tal vez un hueso fosilizado la forma y tamaño de posibles animales prehistóricos si agregamos cierta capacidad supositiva en cuanto el detalle significa en la solución y consecución del conjunto.

Un día nuestro amigo llegó a Numancia. Era tiempo frío, desabrido, ventoso, desagradable, poco acogedor, nuboso, en fin, adecuado para no haber descendido del coche. Sin embargo, la curiosidad hizo que nuestro amigo se apease del vehículo, adquiriese la necesaria entrada y penetrase en el recinto cubierto de escarcha y adornado por ralos copos nieves. El rústico refugio pétreo, sencillo y sin adornos, albergaba una perra rodeada de cachorros mientras una pareja de guardianes aludían a la gélida mañana, trémulos y con la bufanda hasta las orejas. En el Alto Duero, próximos a Soria, y a la vista de columnas truncadas, piedras alineadas, y viviendas casi inexistentes, aparece difícil remontarse a siglo y medio antes de la era cristiana, recordar a los arévacos y a Escipión Emiliano, destructor de Cartago y vencedor de los numantinos minados mediante el hambre y la sed, el aislamiento y la sujeción debidas a un cerco absoluto y dilatado. Así escriben Gaya y de Marco: «No esperéis ver en Numancia apenas nada. Es monumento inmaterial. Ha de llegar cada uno con su carga emocional histórica. Si no se verá solamente la casita del guarda, un monolito en memoria de los héroes, redondas muelas del grano y una serie de piedras en hilera que señalan el emplazamiento de las antiguas calles y el lugar donde se levantaron las modestísimas casas».

Y una cosa similar aunque completamente distinta, sucedió al viajero amigo en la ciudad encantada. La carretera de Valencia, aquella mañana del Jueves Santo, rebosaba de turismo, camiones y motocicletas. Curioso cambio, pues a una cuarecena de auténtico sacrificio compensadora de las frivolidades carnavalescas y a una Semana de Pasión austera, procesional, ocupada por los Oficios Divinos, dedicada al castigo del cuerpo debido a que la carne es flaca y al perfeccionamiento del alma merced a su permanencia, a la mortificación de lo perecedero y a la exaltación de un espíritu inmortal, sucedió un continuo ir y venir, salir y entrar, ausentarse y volver, sin otro plan que el derivado de una sociedad orgullosa de su consumo. Así el camino, colmada su capacidad, tornábase asaz peligroso y los peligros acrecían, aumentaban por quienes desprecian y posponen los derechos ajenos a los caprichos individuales.

El rectilíneo trayecto, solitario y amplio, discurría por la plana meseta circundada de grises montes en la lejanía a guisa de fondo telonero. Ni aparecían pueblos, ni lucían árboles, ni se vislumbraban semovientes mientras las montañas simulaban alejarse ante los intentos de acercamiento. Luego unas curvas imprevistas e inesperadas, abundantes en señalizaciones y allá, en la lejanía, un conjunto de casas apiñadas, agrupadas, arracimadas, simulando un rebaño dirigido por ese pastor simbolizado en la sobresaliente y aguda prominencia dividida en la panorámica (la llamada Torre Mangana de los árabes, «enseña y campanal de la ciudad» según afirma Gaspar Gómez de la Serna?)

Lucía el sol y una suave céfiro refrescaba el ambiente. Cuenca componía los preparativos de las procesiones vespertinas. Se veían jóvenes enfundadas en la túnica de color variable en cada cofradía; los comercios despachaban cirios y velas y portavelas rematadas en pantallas de vidrio protectoras de la amarillenta llama; se apreciaba ambiente feriado y los atuendos de adultos y viejos, niños y damas, aparecían impecables y pulcros; los guardias, imposibilitados de controlar los aparcamientos, ni se molestaban en mostrar el talonario de multas, y los foráneos se dirigían a un mesón donde hiciesen honor a la reconocida fama de los asados, de las sopas castellanas y de los sabrosos corderos. Y ya en el típico comedor adornado de carteles de toros, originales jarras de barro y enormes hogazas frescas y crujientes, los viajeros descansaron sin preocupaciones ni prisas.

Federico Muelas califica a Cuenca de ciudad encantada, indiscutiblemente henchida de encantos, de sorprendentes perspectivas, de bellas panorámicas y curiosas vistas parciales, calles, plazuelas, históricos edificios, «casas colgadas», escaleras viales... Sin embargo, la ciudad encantada se encuentra a varios kilómetros de la capital y compone un original recinto turístico. Las rocas milenarias extendidas a lo largo de itinerarios, caprichosas en su forma, numerosas y admiradas, han tenido en el transcurso de los siglos un escultor apelado tiempo. Tiempo cronológico, tiempo meteorológico, tiempo cincelador y creativo a consecuencia del deterioro provocado. Y se observan gigantescas setas, osos alineados, luchas entre animales, el mar con sus rizadas ondas, y lugar propicio, si hacemos caso de leyendas, para incinerar el cuerpo de Viriato muerto a traición.

Pero el hombre vulgar, viajero improvisado, sin sentirse atraído por el modelado pese a su interés geológico, sólo se encuentra aborrito ante la curiosidad despertada y por cierta obsesión interpretativa para identificar cada roca con objetos animados o desanimados. Y esto nos rememora las peculiaridades del psicodiagnóstico de Rorschach.

